

Imaginario y conflicto social rural en los fines de los noventa.

Un análisis literario de lxs campesinxs de Santiago del Estero.

Francisco Lucas Laffite

Introducción

Los sucesivos gobiernos de Carlos Saúl Menem (1989-1999) se caracterizaron por la consolidación y profundización en democracia de un modelo económico que habría echado sus sólidas raíces materiales y legales durante la última dictadura Argentina (1976-1983). La privatización compulsiva de empresas del Estado; la flexibilización laboral; la desregulación de los mercados financieros; una política exterior fuertemente ligada a los intereses geopolíticos de los Estados Unidos y a un discurso de racionalidad económica ortodoxa y “librecambista”, fueron algunas de las características de una política que mientras destruía gran parte de la estructura industrial Argentina empujando a sus obrerxs a la categoría de “desempleadx”, supo mantener una sólida hegemonía cultural y social que se debía sólo en parte a sus éxitos para controlar la inflación catastrófica que había sufrido el gobierno anterior de Raúl Alfonsín (1983-1989).

Este modelo de valorización financiera (Basualdo, 2001) llegó a su estrepitoso final en los estallidos sociales del 2001, cuando un ya completamente desautorizado presidente radical escapó en helicóptero en una de las crisis políticas, sociales y económicas más inolvidables de la Argentina.

Sin embargo durante estas décadas pueden rastrearse toda una serie de conflictos sociales, que si bien tienen enormes diferencias entre ellos, al menos tienen en común como una de sus tantas manchas de nacimiento a la época menemista.

Aquí hemos elegido analizar en profundidad sólo una opción de ese variado abanico de resistencias y nuevas formas de organización que surgieron en la pos dictadura: los conflictos en Santiago del Estero por la tenencia de tierras entre comunidades campesinas y empresarios, que aumentaron a medida que se coronaba la pata rural de la economía de los noventa. Nos referimos, obvio, al modelo sojero extractivista (Guiarraca y Teubal, 2013).

Para ello tomamos como referencia las disputas por el territorio que hacia fines de los 90 se sucedieron en las comunidades rurales de la zona de Pinto, y que fueron registradas en uno de los libros del Movimiento Campesino de Santiago del Estero Vía Campesina (MoCaSE-VC, 2010) al que estas comunidades pasarían a formar parte.

La elección de “Memorias de los Orígenes de la central de Pinto”, libro elaborado enteramente por el movimiento, no ha sido arbitraria ni al azar. No es la primera zona donde nace el MoCaSE-VC como organización. De hecho este es fundado en 1990, y el primer conflicto registrado en el libro es de 1996. Las campesinas y campesinos de Pinto se encuentran con una organización ya formada y con basta experiencia. Pero la razón por la que decidimos tomar esta obra es primero por su aspecto literario: en tanto una expresión muy particular de la construcción de un imaginario social alternativo al hegemónico, y su entrelazamiento con prácticas sociales concretas y situadas de resistencia y organización social emergentes. Y segundo, porque tanto en los registros del conflicto, como en las marcas simbólicas que dejarían en la memoria colectiva de la organización, el rol de las mujeres campesinas en la comunidad de Pinto es central y protagónico.

1.El Santiago “Jaurista” de los noventa: entre el autoritarismo competitivo y los agronegocios.

En septiembre del año 2002, y con el fantasma de las revueltas del año 2001 aún recorriendo a la Argentina, un viejo caudillo Santiagueño desafiaba de forma casi burlona la coyuntura nacional haciendo referencia a las elecciones en curso y la situación política de su provincia por esos años: “A esa voz arbitraria que pide ‘que se vayan todos’, yo le respondo desde acá ‘que se queden todos’ y el pueblo decida”.¹

El que habla es Carlos Juárez, quien era la figura política central e indiscutida de la provincia. Posteriormente a 1993, y con la caída del gobernador Mujica como representante de un sector del PJ opositor a su figura, Juárez terminó de consolidar un régimen político que, manteniendo las formalidades del sistema democrático, se apoyó en toda una serie de dispositivos autoritarios para silenciar cualquier oposición posible.

¹ <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-10240-2002-09-16.html>

Varios son los factores que se pueden mencionar para entender el contexto que permite esta construcción de poder : la posibilidad de articular amplias redes clientelares con referentes municipales; la descentralización del Estado Nacional a partir de las reformas menemistas que transfería funciones clave de salud, educación , seguridad social y empleo a un Estado provincial que, por las particularidades económicas de Santiago, ya jugaba de por sí un papel centralizador de la vida social; la mimetización absoluta e indistinguible entre de la lógica de lealtades político-partidarias del PJ provincial y la burocracia estatal . Este hábil político de larga trayectoria y de peso pesado en la provincia² supo articular cada uno de estos elementos en la centralidad de su persona, y de su esposa Mercedes “Nina” Aragonés de Juárez, en un régimen híbrido entre dictadura y democracia, que los estudios más recientes han conceptualizado como *Autoritarismo competitivo* (Schnyder, 2009). El fin de la época Juarista llegará con los famosos crímenes de la Dársena y la intervención del presidente Nestor Kichner³ a la provincia en 2004, a partir de las revelaciones cada vez más siniestras que vincularon al partido de gobierno con desapariciones, torturas, redes de inteligencia ilegal y de coerción, llevadas a cabo desde los aparatos estatales para mantener la hegemonía gobernante. La persistencia de reglamentos, prácticas y figuras represivas que encuentran sus orígenes en la dictadura militar (como el caso de Musa Azar) es un rasgo característico de la provincia por esos años (Schinder, 2013)(algo que lejos está de desaparecer del todo en los años posteriores):

“El Informe de Situación de los Derechos Humanos señalaba que, de las 225 denuncias recibidas entre 1999 y 2003 por la Secretaría Diocesana para los Derechos Humanos, el 36% involucraba a la policía y 25% al PJ. De los casos denunciados, 27% correspondía a apremios ilegales, torturas, violencia policial y penitenciaria, 19% a abuso de autoridad e incumplimiento de deberes de funcionarios públicos, 17% a discriminación, 14% a impunidad, inseguridad jurídica y personal, inacción policial y judicial, 11% a asesinatos y desapariciones, 9% a persecuciones políticas, gremiales, policiales, amenazas, y 2% a privación ilegítima de la libertad.”(Schinder, 2013)

² Fue electo diputado nacional dos veces (1952 y 1962), senador nacional tres (1952, 1987 y 2001) y fue gobernador de la provincia cinco veces (1949-1952, 1973-1976, 1983-1987 y 1995-1999, 1999-2001)

³ Pese a que unos meses atrás el mismo Juárez había impulsado su débil candidatura presidencial.

Así mismo, otro resorte fundamental y complementario de la hegemonía gobernante será la cooptación de la justicia por parte del poder ejecutivo⁴, al cual le será sumamente leal y garantizará su impunidad puertas adentro.

Pues bien, ya mencionamos en esta breve caracterización como es que el proceso de democratización a nivel nacional de la pos-dictadura, tuvo ciertas características estructurales⁵ que paradójicamente favorecieron la creación de sistemas políticos con potentes rasgos autoritarios. Incluso, algunos autores explican cómo la “fachada” de llevar adelante elecciones formalmente libres sirvió durante muchos años para la legitimación inter y extra provincial de estos gobiernos.

Carlos Juárez y Carlos Menem han mantenido durante gran parte sus carreras políticas contemporáneas una rivalidad indiscutible y digna de mencionar en estas páginas. Ambos han echado mano a los enormes recursos que sus posiciones privilegiadas de poder les facilitaban para trincar las aspiraciones de su rival. Lo curioso es que ninguno lo logró. Si bien Juárez pudo hacer caer a la corriente reformista del partido justicialista en su provincia, no logró evitar el apoyo nacional por parte del PJ y el ascenso al poder de Menem. Por otro lado, pese a que el riojano intervino la provincia con su aliado Schiarreti en 1994 y movió todos los recursos posibles, no pudo evitar que Carlos Juárez asuma la gobernación por cuarta vez en 1995. Así, cada uno con su reforma constitucional y su reelección consecuente, pactaron finalmente una tregua de convivencia⁶ (Pico, 2013).

Pero por debajo de estos conflictos y alianzas entre dos pesos pesados de la política y del PJ, encontramos los rasgos y las continuidades de un proceso social y económico complejo que aquí nos interesa caracterizar, y que si bien tiene sus manifestaciones iniciales en los 70, su explosión es durante los noventa: el modelo extractivo sojero.

⁴ En este punto es necesario aclarar que Juárez en 1996 lleva adelante una reforma de la constitución provincial que por un lado permite marginar virtualmente toda oposición partidaria, y por el otro lado avasallar con total libertad los distintos ámbitos estatales.

⁵ Como la ya mencionada descentralización nacional, pero también podemos nombrar otras, como la escasa atención puesta en la complicidad de las estructuras burocráticas policiales en las actividades represivas, o las mismas leyes de Obediencia debida y punto final, que en términos generales permitieron la permanencia de figuras clave de la dictadura en roles de poder. Así mismo, otras de las características que por el escaso espacio que nos permite este trabajo no podemos profundizar, es el proceso de desindustrialización y territorialización que afectó la dinámica interna del partido Justicialista a nivel nacional, y que tuvo particular importancia en una provincia como Santiago con una población dispersa y tradicionalmente acostumbrada a relaciones políticas clientelares.

⁶ Algunos testimonios de diputados atribuyen estas palabras a Menem cuando mediaba dicha tregua para que Juárez deje de hostigar a diputados del PJ renovador santiagueño a cambio de la aprobación que estos le darían a las designaciones de jueces por Juárez: “ Ahí me habló el gringuito [por Schiarreti], tranquilo, que yo quiero un peronismo unido, ya no quiero más quilombo, el viejo nos ha ganado, este viejo hijo de puta, ya lo voy a hablar yo para que no los joda, pero traten de arreglar con él”.

Según Eduardo Basualdo (2001) las reformas económicas y estatales que menem llevó a cabo desde 1989, fue la frutilla del postre para el cambio en los patrones de acumulación que comenzó a producirse desde la gestión de Martínez de Hoz durante la dictadura, y que este autor llamará, por sus características desregulatorias y el peso del capital financiero como eje de la economía, un *modelo de acumulación por valorización financiera*.

En su manifestación política, este modelo se imbrica y se potencia en la Argentina a partir de un discurso antiestatal y de libre mercado que tras la caída de la Unión Soviética sería hegemónico en casi todo el globo. El así llamado *neoliberalismo*, se caracterizará entonces por toda una serie de políticas y discursos que buscarán profundizar y justificar la mercantilización de ámbitos de la vida social que hasta ese momento tenían dinámicas y lógicas diferentes⁷, incluyendo los territorios, recursos, comunidades y producciones rurales de Santiago del Estero.

Es así que llegamos a la pata rural y regional de un proceso que tiene su correlato a nivel global en tres aspectos: la progresiva financiarización del sistema capitalista desde los años 70 (en Argentina, como mencionamos, estudiado por Basualdo), la proliferación de los discursos y teorías neoliberales a partir del consenso de Washington en 1989, y la extensión de modelos extractivos de recursos naturales en los así llamados países subdesarrollados y del tercer mundo (Palmisano, 2016).

Ahora bien, ¿qué manifestación específica tienen estos procesos globales sobre los territorios y las poblaciones campesinas de Santiago del Estero?

Como sucedió con muchos de los pueblos que habitaron (y habitan) América Latina antes de la conquista Europea, aquellos pueblos originarios del Gran Chaco como Lule, Lule Vilela, o los Sanavirones, han sido masacrados físicamente, y sus legados de historias, tradiciones, lenguajes y cosmovisiones han sido sistemáticamente silenciados. Pero si bien existen pocos registros, no cabe duda de que en su gran mayoría el campesinado Santiagueño tiene su origen en esas tierras, y forma parte de estos pueblos⁸. Es por esto que nos referimos, y se autodenominan, como campesinos indígenas. No obstante, y ateniéndonos a esta falta de

⁷ Para una historización de este concepto véase David Harvey (2007).

⁸ El arduo trabajo necesario de sistematización y registro de la existencia, permanencia e historia, de estos pueblos ha sido llevado adelante en un trabajo conjunto entre el Mocase-VC, la provincia de Santiago, y el Gobierno Nacional a partir de la promulgación de la Ley N° 26.160 de relevamiento de tierras en el año 2006, para la demarcación del territorio indígena. Sin embargo, el trabajo no está terminado, y en otras partes del país su avance ha sido mínimo. Para ver el listado de comunidades indígenas relevadas y con personalidad jurídica vease <http://datos.jus.gob.ar/dataset/listado-de-comunidades-indigenas/archivo/f9b57566-3e7c-4449-b984-49a26897eb77>

registro, el proceso de asentamiento de pobladores en las áreas rurales de Santiago del Estero se explica en general como una consecuencia del modelo de explotación forestal que se centraba en la madera para durmientes y para extracción de Tanino. Este existió durante los últimos años del S. XIX y la primera mitad del XX esencialmente en las provincias de Santa Fe, Chaco y Santiago del Estero: las empresas forestales compraban grandes extensiones de tierras que desmontaban progresivamente a partir de “obrajes”. Una vez que se desforestaban todos los elementos rentables, la empresa loteaba los terrenos, los vendía y abandonaba la provincia (o el país). En Santiago del Estero, debido a la baja calidad de las tierras, estas no tenían potencial de venta para el establecimiento de estancias, como en otras provincias (piénsese en la famosa llanura pampeana); por lo que estas tierras eran finalmente vendidas al gobierno provincial o nacional o simplemente se dejaban abandonadas.

Este modelo “atraía” trabajadores y familias campesinas de distintos lugares, y luego de la explotación dejaba la tierra abandonada o como terreno fiscal y a los trabajadores desocupados. Muchas de estas familias volvían a migrar en conjunto en busca de trabajo, otras decidían quedarse a vivir en esas tierras ejerciendo una agricultura de subsistencia mientras los adultos (generalmente varones) viajaban para trabajar de forma estacional. Entonces, esta forma particular de “colonización” deja a estos pobladores ocupando efectivamente extensiones de tierras relativamente grandes, ya que formas no intensivas de agricultura/ganadería en tierras de baja calidad exige una mayor extensión para garantizar iguales rendimientos. Durante varias generaciones los pobladores de estas tierras vivieron en calma pese a que los obrajes por lo general no cumplían con los derechos mínimos laborales. Pero en la década del '70 comienzan los primeros conflictos respecto a la posesión de estas tierras, cuando se instala en la provincia el cultivo para exportación en secano (sorgo, poroto y algodón esencialmente). Durante esa década y la siguiente se darán lo que muchos autores llaman “desalojos silenciosos”: muchos campesinos fueron desalojados de las tierras que ocupaban hace generaciones ya que la falta de herramientas jurídicas, políticas y organizativas por parte de los campesinos hizo virtualmente inexistente las resistencias duraderas a los desalojos (si bien hay registros de resistencias aisladas).

La segunda ola de desalojos de fines de los ochenta y durante los años 90, se daría en el marco de los procesos arriba mencionados, sobre todo de la expansión de los modelos extractivistas en su particular fusión con la lógica del capital financiero.

El repentino interés en las tierras Santiagueñas por parte de distintos capitales (por lo general de otras provincias, como Córdoba y Santa Fe) en la expansión de la frontera agrícola a manos de la soja se explica por las nuevas características e innovaciones tecnológicas en la

producción que toma el agronegocio: la mejora genética de las semillas; la introducción de pesticidas sumamente poderosos y contaminantes de los cuales el más usado y más famoso por sus estragos es el glifosato⁹; la financiarización (commodities) y aumento del precio en mercados internacionales de estos recursos naturales.

Ahora bien, cuando estos capitales interesados en adquirir y producir monocultivos de soja en estas tierras, se encuentran con grandes extensiones de espeso monte nativo, y con familias y comunidades que desde hace generaciones viven y producen allí. La gran mayoría de las veces, debido al mismo proceso de asentamiento, y a la exclusión del campesinado de las instituciones santiagueñas, estas familias no poseen títulos de tierra que los empresarios consiguen a partir de vínculos con el poder político o la justicia, o simplemente inventan. Es aquí donde se da otra de las características que Palmisano (2013) le atribuye a los agronegocios en tanto modelo extractivo: la acumulación por desposesión. Es decir, la expulsión de las familias de sus tierras, y el desmonte, con las nocivas consecuencias para los ecosistemas, como la sequía del suelo, las inundaciones o la pérdida de biodiversidad.

A partir de los testimonios que pone en evidencia el libro mencionado del Mocase VC¹⁰, y de la exposición hecha sobre el régimen de autoritarismo competitivo, podemos proponer la hipótesis de que los dispositivos represivos de la justicia, la burocracia policial y las redes clientelares municipales, que usó con tanto éxito el juarismo para sostener su hegemonía gobernante, fueron también permeables a la influencia de empresarios interesados en desplazar a las comunidades.

En otras palabras, los testimonios del libro dejan al descubierto las mismas prácticas, y redes de control y represión que Juárez aplicaba a cualquier oposición partidaria, pero en este caso puestas al servicio de capitalistas que buscan expulsar familias. Detenciones arbitrarias, la prácticamente inocultable parcialidad de la justicia para tomar y actuar únicamente con las demandas de empresarios, la colaboración y los intereses de funcionarios municipales; los “aprietes” coercitivos por parte de la policía o incluso el accionar de bandas armadas privadas en “zonas liberadas”; son solo algunos de los casos que sirven para ejemplificar la

⁹ Siguiendo nuestra argumentación expuesta más arriba, vemos cómo determinadas políticas específicas de los años noventa, como el decreto de desregulación económica de 1991 que eliminó la mayoría de los organismos reguladores de las actividades agropecuarias, y la liberalización de la Soja transgénica en 1996 (Palmisano, 2013), se articulan, en tanto “políticas neoliberales”, con la implantación de un modelo extractivo. Sin embargo, esta afinidad electiva no es absoluta. Autoras como Svampa critican lo que definen como Gobiernos progresistas y neo extractivistas en las primeras décadas del siglo XXI (2019).

¹⁰ Así como desde otros libros, publicaciones y denuncias públicas llevadas a cabo por el movimiento y otras organizaciones.

argumentación¹¹, y nos lleva a una primera conclusión: sin la colaboración de las redes territoriales y dispositivos represivos del Estado provincial, no serían posibles los desalojos, ni la implementación del modelo extractivista sojero de los agronegocios.

2.El MOCASE-VC: las nuevas formas de organización durante los noventa

La contextualización hecha hasta el momento puede ayudar a entender el marco histórico dentro del que se desarrolla nuestro análisis, pero a riesgo de que veamos un proceso unívoco y absoluto, es necesario complementar con una corta historización de las nuevas resistencias y organizaciones que surgen por esos años y se irán consolidando como actores políticos centrales en la vida de la provincia.

Y es que dentro de Santiago del Estero las consecuencias de los recortes estructurales del estado llevados adelante por el gobierno de Carlos Menem se dejaron sentir rápidamente en el estallido social del Santiagueñoazo, donde la revuelta popular llegó al punto del saqueo de la casa del gobernador Mujica por esos momentos, y también de distintos ex gobernadores incluyendo a Carlos Juárez (si bien la paradoja es que a largo plazo la caída de Mujica allanaría el camino a la gobernación de Juárez).

¹²Hacia finales de los años 80' diversos grupos de campesinos y campesinas que venían trabajando y siendo asesorados por ONGs en distintos puntos de la provincia, comienzan a tener encuentros y a compartir sus experiencias, historias y problemáticas. Principalmente, son los campesinos y campesinas organizadxs en la zona de Quimilí y los Juríes quienes motorizaron en principio las reuniones entre pobladores de zonas diferentes.

Este proceso de intercambio y organización, donde se comienzan a encontrar problemas que eran comunes a todas las comunidades (principalmente el problema de los desalojos y de la producción), decanta rápidamente en la idea de organizar un movimiento de alcance provincial que pueda nuclear a todas las zonas. Así, un 4 de agosto de 1990, y con la policía rodeando la zona de encuentro, se funda el MoCaSe. En su acta fundacional puede leerse que se plantea el objetivo de “buscar soluciones a problemas comunes, ser representantes de los

¹¹ La continuidad de estas prácticas en diversos territorios de Santiago incluso hasta la actualidad es algo que muestra hasta qué punto estas redes siguen presentes con lógicas similares en Santiago, pese a que no estén articuladas por un Juárez. Como ejemplo, véanse los conflictos actuales con Emilio Rached, ex intendente de cambemos y accionista de AFAGRO S.A.
<https://www.pagina12.com.ar/358563-marcha-del-mocase>

¹² A partir de aquí el relato de la historia y nacimiento del MoCaSe es extraído de otro de sus libros, en este caso la “Memoria de los orígenes de la central campesina de Quimilí” (MoCaSe, 2012), hecho en una de las zonas donde este tuvo su origen.

campesinos ante las autoridades, apoyar las peticiones de cada una de las organizaciones que lo integran respetando su autonomía , promover la capacitación en cooperativismo y gremialismo, y mejorar la calidad de vida de los pequeños productores” (Mocase VC, 2012, pag 10)

Hacia el año 2001, tras los primeros congresos del Mocase, algunas diferencias que ya se venían manifestando entre las formas y los objetivos de la organización¹³, concluyeron en la división de la organización en dos, así, en una asamblea en la Ciudad de Santiago del estero nace el Mocase Vía Campesina (Mocase-VC). En el documento definido por en esta ocasión expresan: “Nosotros hemos decidido que queremos un MoCaSE horizontal, participativo, sin presidencialismo, que funcione con secretarías, que siga el mandato de las bases, no queremos un MOCASE de oficina, ni servil al gobierno, queremos una organización de lucha y resistencia, en la construcción de una sociedad justa. Queremos que en el MoCaSe se tomen las decisiones por consenso, con una dirección colectiva, donde todos seamos iguales, dirigentes, miembros de las bases, técnicos, que cada uno tenga su rol dentro de la organización. Queremos que se respeten las conclusiones del congreso del MOCASE” (Mocase VC, 2012, Pag. 10)

Sin embargo, y si bien esta división nos permite entender dos movimientos que han tenido características organizacionales, fines políticos, estrategias y estructuras de formación bien diferentes, (y en nuestro caso haremos mención al proceso organizativo en uno de los territorios del Mocase-VC), debemos mencionar que en el año 2019 los dos Mocase han anunciado un proceso de unificación de las dos organizaciones¹⁴.

De esa forma, el Mocase VC se ha dado “tres niveles de organización, con instancias propias de reunión, deliberación y acción: las comisiones de base, las centrales y los secretariados o asambleas. Además, existen secretarías que trabajan de manera transversal sobre problemáticas puntuales (..) de Salud, Formación, Territorio, Comunicación, Producción y Comercialización.” (Mocase VC, pag. 11)

A nivel nacional el Mocase VC forma parte también del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI) , fundado en 1996 y a nivel continental, de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo - Vía Campesina (CLOC-VC). Por último, y

¹³ Algunos testimonios de militantes históricos del Mocase VC manifiestan que gran parte de estas diferencias en la mirada de la organización provenían de ONGs como FUNDAPAZ e INCUPO, que buscaban sostener la estructura organizacional de ONG, entre otras cosas, porque eso facilitaba el acceso a financiamiento de proyectos, mientras que desde el Mocase VC se priorizo la participación de característica más horizontal, en parte con una mirada de construcción política más emancipatoria para las comunidades.

¹⁴ <https://www.mocase.org.ar/noticias/unificacion-del-mocase>

como englobadora de todas las organizaciones más amplias dentro de las que el Mocase VC participa, está la Vía Campesina (VC), un movimiento a nivel global que surge en 1993 y agrupa a millones de campesinos y campesinas en todo el mundo. Los paradigmas y horizontes políticos de esta organización internacional se condensan en las propuestas de Reforma Agraria Integral y Soberanía Alimentaria.

La primera refiere al viejo y contemporáneo problema del reparto desigual de las tierras, pero desde una mirada que entiende a la tierra como territorio, en tanto una unidad de cultura, biodiversidad, producción y comunidad con relaciones humanas. Así, esta no puede ser reducida a títulos individuales y comerciables. En su práctica, el MOCASE VC ha pasado de “pelear por títulos para familias a la consolidación de territorios demarcados como comunidades indígenas” (Mocase VC, 2012, Pag. 12)

Por otro lado, la soberanía alimentaria implica una mirada distinta a la hegemónica sobre la producción e intercambios de alimentos, y es entendida como el “conjunto de DERECHOS que tienen los pueblos a definir sus propias políticas de agricultura y alimentación, lo que contempla proteger y regular la producción agropecuaria y el comercio agrícola interior para el desarrollo sostenible, proteger los mercados domésticos en contra de las importaciones y limitar el dumping social y económico de productos en los mercados.” (Mocase VC, 2012, pag 12)

Finalmente, mencionaremos acotadamente que dentro del MOCASE VC existe un importante énfasis y una larga trayectoria de experiencias de formación desde un paradigma de la educación popular, de las cuales sus proyectos más salientes (pero no los únicos), son la Escuela de agroecología en quimilí, fundada en 2006, y la Universidad Campesina en Ojo de Agua, fundada en 2010, donde actualmente jóvenes de distintas organizaciones del país están cursando dos carreras universitarias.

Sintetizando. Nos encontramos frente a una organización que naciendo de problemáticas y conflictos concretos de comunidades campesinas, crece hasta constituirse en un enorme entramado a nivel provincial, nacional e internacional, con proyectos propios, horizontes políticos manifiestos, así como con una enorme capacidad de sistematización, acumulación y capitalización de experiencias y conocimientos (de los cuales, su larga producción literaria es solo un ejemplo).

Si bien sus horizontes emancipatorios parecen recordar a algunas de las organizaciones armadas de los años 70' (algo de lo que se ha acusado al Mocase en reiteradas ocasiones), sus características y formas de construcción son pacíficas, y centradas en la resolución de

problemáticas concretas, pero sin dejar de lado las construcciones y articulaciones con la “política institucional”¹⁵.

Como es lógico, no podemos explayarnos aquí lo necesario para hacer una descripción completa de los complejos elementos y tramas que conforman una organización de 30 años de historia, en actualmente más de 15 territorios diversos. Pero su presentación al menos permite darnos una idea del volumen que han tomado las resistencias y organizaciones a los modelos extractivos, y no deja de ser un ejemplo de nuevas formas de organización posdictadura, que tomando parte de las demandas de la época, tienen una fuerte impronta democrática, participativa y de acceso a derechos por vía de la lucha social y pacífica.

3.El imaginario social extractivo

Hasta el momento, hemos descrito los procesos de expulsión de familias y acaparamientos de tierras para la creación de monocultivos orientados a la exportación, desde un punto de vista que pone de manifiesto los dispositivos coercitivos y represivos (disponibles debido a ciertas características del estado Santiagueño) que son necesarios para llevarlo adelante. Pero cometeríamos un error en nuestro análisis si no podríamos señalar la dimensión simbólica en sus efectos sociológicos, de la totalidad de un dispositivo de poder.

Enrique Marí (1993) plantea que todo dispositivo de poder, por lo tanto, articula tres elementos: primero, la fuerza, entendiendo esta como la fuerza física o la aplicación de la violencia; segundo, un discurso de racionalidad formal que le otorgue legitimidad y justifique la acción de la fuerza; y tercero, toda una serie de imaginarios, creencia y símbolos que operan desde el fondo común de una cultura y que ya no apelan a un discurso de formalidad racional y de argumentación coherente, sino a las narrativas y los símbolos que le dan sentido a la vida humana, que se imbrican en la profundidad emocional de las creencias y cosmovisiones con las que un sujeto o un pueblo ordena, ama y comprende el mundo. Esta dimensión es la que nos propondremos analizar en este apartado.

Siguiendo los lineamientos de Mari, encontramos en la descripción del Estado juarista antes echa, dos de los elementos que menciona como indispensables para el funcionamiento de un dispositivo de poder: la acción de la fuerza, a cargo de la acción policial directa, o a manos de

¹⁵ De la cual la designación de Miguel Angel Gomez, histórico militante del MNCI y cercano al MOCASE, como Secretario de Agricultura Familiar en el gobierno de Alberto Fernandez, es solo un ejemplo entre otros.

grupos armados ilegales; y un discurso de racionalidad formal que por lo general aporta sin problemas todo el entramado del poder judicial Santiaguense legitimando los títulos, los allanamientos, las detenciones, etc¹⁶. ¿Pero entonces cuál es la dimensión simbólica de este poder? ¿Por dónde se expresa? ¿Qué símbolos crea y a que imaginarios apela? ¿Y hasta donde podemos sospechar sus efectos?

Para intentar responder a estas preguntas comenzaremos a hacer un análisis del material literario que hemos propuesto para este trabajo. Las “Memorias de los Orígenes de la Central Campesina de Pinto” (Mocase, 2010) es un libro elaborado por el mismo movimiento, y que a partir de ordenar y transcribir literalmente testimonios de diferentes campesinos y campesinas, relata los sucesivos conflictos de tierras que desde 1996 hasta 2002 impulsaron a distintas comunidades a un proceso organizativo con el Mocase VC. Pero a su vez, el libro nos aporta toda una serie de documentos, resoluciones judiciales, y recortes de diarios que permiten reconstruir la narrativa y los imaginarios que están detrás del acaparamiento de tierras. Comencemos viendo algunos de ellos.

En uno de los apartados del libro el Mocase es titulado como “Visiones del poder”, y se transcribe literalmente parte de un expediente N 286.074 del año 2004 del Juzgado en lo Civil y Comercial de 5 nominación, “Alberto Santiago y otros” contra “Rodríguez Darío Oscar y Otros”. Aquí una parte los testimonios directos de los empresarios:

“(…) habiendo adquirido esa propiedad en legal forma, levantando a su vez una hipoteca que gravaba la misma, mi mandante ingresó al inmueble tomando posesión de este para ser posteriormente repelido mediante el uso de la fuerza, por **intrusos que se encontraban en el lugar** y que amenazaron de muerte al Sr. Alberto Traverso socio gerente de la firma...quien intentó por varias vías lograr **una postura conciliadora con estos presuntos ocupantes, habiendo su intención naufragado por la postura inconciliable de los intrusos.**(…)

(…)no se puede soslayar la distorsión de precios y conflictos posesorios y en algunos casos nominales, que se desató en la provincia con este verdadero vendaval de inversiones de capitales originarios de otras provincias, que ante el “auge de la soja” y el buen retorno que arrojaba su producción, miraron con buenos ojos la potencialidad de esta tierra y su gente, **soñando** tal vez con que al afincarse en santiago esta región se tornaría en un verdadero **polo de desarrollo** agropecuario y esta perspectiva **bienhechora**, en definitiva, quizás **ayudaría a**

¹⁶ Para un análisis del rol de la justicia santiaguense, y su mirada e interpretaciones a favor de la lógica del capital, Vease Barbeta (2014).

disipar la densa neblina de la miseria y el atraso que padece el interior de nuestra provincia.

Y la mayoría de los inversionistas, realizaron aportes millonarios, en la suposición de que tanto **Gobierno como pueblo se mancomunarían en un esfuerzo compartido sumándose a la obra, con el propósito favorecedor de hacer reverdecer nuestros campos ubicando a Sgo. de una buena vez en el camino del desarrollo .**” (Pag. 94 y 95, Mocase VC, 2010. La negrita es nuestra)

Pese a su corta extensión, el extracto es sumamente sugestivo. La figura de los intrusos o los ocupantes es lo primero que llama la atención. Si bien esta palabra (que nos recuerda los fantasmas Coratazianos) es propia del lenguaje jurídico, su presentación es curiosa: dado que los intrusos no irrumpen (como en el cuento de la casa tomada), *sino que ya están desde antes en el lugar*. El que irrumpe, paradójicamente, es el “dueño legítimo”, y detrás de él, la ley, que transforma a los “ocupantes” en “intrusos”. Algo que termina de explicar la búsqueda de negociación con intrusos que estaban desde antes que existiera un dueño.

Pero aún más interesante es el resto del fragmento. La apelación a los sueños, a las intenciones bienhechoras, al esfuerzo compartido de gobierno y pueblo, colocan a los inversionistas de aportes millonarios como los únicos capaces de “disipar la densa neblina de la miseria y el atraso” y colocar a la provincia por el camino del desarrollo.

Para continuar con esta reconstrucción narrativa, transcribimos dos extractos de unas notas periodísticas recortadas dentro del libro. En este caso tratándose de un conflicto con un empresario Santafesino llamado Claudio Ponce, quien ofrece a varios campesinos y campesinas unas 30 u 80 hectáreas para dejar el monte, “su propiedad”. Ante la resistencia de algunos que no aceptaron, y sobre todo de una campesina, Gregoria Chavez, militante del Mocase, esto escriben algunos diarios:

“(…)los hechos delictivos perpetrados por Silverio Aguirre, Gregoria Chavez y un numeroso grupo de personas que por órdenes del Mocase, provocan, según estos pobladores, una verdadera inseguridad jurídica, atentando **contra los intereses productivos y desarrollo provincial(…)**

Así mismo los pobladores sostienen, en su nota al juez, que se sienten desprotegidos por la Justicia y por los poderes del **Estado provincial que tendrían que incentivar el desarrollo, la inversión, el trabajo, la paz social, en definitiva el progreso de los pueblos y no mediante conductas omisas o indiferentes, que atentan en contra de aquellos que brindan mano de obra a los desocupados, mejoran la tierra , procuran ingresos**

genuinos y protegen y respetan a los poseedores de las tierras´ (...) “ (Mocase VC, 2010, pag. 80)

En otra nota, durante una entrevista a Ponce, este “sostuvo además que los pobladores dijeron ´que si esto sigue así van a hacer justicia por mano propia, ya que esa gente llega con armas y pública en los medios cosas que no son´. Con el afán de aclarar la situación, Ponce dijo que ellos sólo quieren entregarle a la gente las tierras, respetando su posesión y darles trabajo.

Esto sería favorable para la provincia ya que se originarían ingresos a través de la agricultura que se desarrollaría en esta zona.” (Mocase VC, 2010, Pag. 86)

Por lo tanto, y tratándose de dos conflictos distintos, vemos que hay una continuidad de ciertos imaginarios. En los extractos también aparecen claramente elementos de lo que Marí llama, y arriba explicamos como discursos del orden, en tanto apelan a una cierta legalidad formal y el sentido de la justicia. Pero por debajo subyace una justificación moral y ética de una creencia: los empresarios y los inversores vienen a traer desarrollo y progreso allí donde solo había una neblina (es curioso el recurso de la neblina dado que da la sensación de algo confuso, enmarañado, oscuro, incomprensible) de atraso y miseria¹⁷. Los lógicos intereses privados empresariales pasan a un segundo plano, o incluso desaparecen en este imaginario, dado que las inversiones y el capital privado están en armonía y trabajan en conjunto con la población y los gobiernos para traer el progreso, lo que puede significar el *dar* trabajo asalariado. ¿Qué otra cosa se podría desear para una siempre atrasada provincia como Santiago?

Sin embargo, no podemos perder de vista que las claves sobre las que se mueve este tipo de narrativa, no es muy distinta de aquella que echaron a andar a mediados del siglo XIX intelectuales como Alberdi, o las mismas obras literarias Sarmientinas, que ubican al “interior” (esto es, las provincias que no son Buenos Aires) con el atraso y la miseria, en contraposición al progreso y el desarrollo.

Por otro lado, si más o menos podemos hacernos una idea de las formas que presenta este imaginario, sus antecedentes, y algunos de sus dispositivos de sostén (los medios de comunicación y el propio poder judicial), ¿Cuáles son sus consecuencias sociológicas?

Pues bien, con esta idea podemos leer varios testimonios de campesinos que relatan cómo otros campesinos, y a veces incluso familiares, aceptaban de buena gana las ofertas empresariales, y hasta colaboraban en los operativos de desalojos expulsando a sus propias familias, trabajando para empresarios.

¹⁷ Qué decir de la continuidad de este discurso con las afirmaciones tan comunes de que Santiago es “la provincia más pobre” que muchas veces las mismas ciencias sociales se encargan de reafirmar.

En el caso de un conflicto de tierras en el año 2000, intentan desalojar a la familia Coria, enviados por los empresarios Bertero y Busi:

“Fernando Coria: Ellos tenían orden de llevarlo y si nosotros no hacíamos esas cosas estas horas ya lo hubieran llevado, a esta hora hubieran volteado la casa, todo, no va a haber nada después. **Yo más bronca tenía, parientes nuestros, vecinos han venido a desalojarnos a nosotros. Los que han venido a cargar las cosas, que han venido con Bertero, eran nuestros primos...**

Emma Coria: Por estar contra nosotros les han dado 25 hectáreas, sacan los animales a la calle, el pedacito que le han dado no les alcanza para comer... Ahora se han ido los Bertero y ahí han quedado. **Nosotros les decíamos que nos ayudaran y ellos pensaban que así iban a estar bien. Se ha vivido una cosa muy triste esa vez (...)**” (Mocase VC, 2010, pag. 147)

El caso es llamativo, pero no es el único: dos de los asesinatos que sufrió el Mocase, el de Cristian Ferreyra¹⁸ y el de Miguel Galvan¹⁹, han sido llevados adelante por campesinos, incluso familiares, por orden de empresarios (en este caso en otros territorios lejanos de Pinto). Creo que el preguntarse porque algunos campesinos colaboran con el desalojo, o hasta el asesinato, de otros campesinos, o incluso familiares, entrama un verdadero misterio sociológico.

Lamentablemente no podemos aquí, ni tenemos los elementos y los recursos, para contestar con profundidad esta pregunta. Pero al menos si vislumbrar un grueso problema, y por lo menos acercar una interpretación posible al mismo.

Teniendo en cuenta lo desarrollado con anterioridad, podemos suponer la hipótesis que estos campesinos no actúan “en el aire”, ni enloquecieron: existe un denso conjunto de imaginarios, símbolos y creencias que permiten estructurar, proyectar y actuar en el mundo; y es dentro de esta perspectiva, que esos empresarios vienen a traer progresos y trabajo para sus familias, y dónde esas tierras no les pertenecen.

Ahora bien, nótese que hemos evitado con cuidado suponer que estos campesinos y campesinas han sido engañados, cooptados, o influidos de forma pasiva por estos dispositivos de poder. Dado que sinceramente no creemos que los agentes mantengan una relación lineal y completamente subordinada a los dispositivos de poder, ni que puedan ser manipulados como marionetas.

¹⁸ Véase <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-258828-2014-11-01.html>

¹⁹ Véase <https://viacampechina.org/es/argentina-sobre-el-asesinato-de-miguel-galvan/>

Quizás el enfoque de Marí corra el peligro de hacernos ver solamente un lado del poder y en un solo sentido, sin dar cuenta de que todo imaginario está construido y reconstruido por todos los sujetos que constituyen un mundo social. Todos los sujetos mantienen relaciones activas con su realidad: son condicionados por ella, así como son capaces al mismo tiempo de tomar sus elementos para transformarlos. Esto no implica el no dar cuenta de que existen posiciones privilegiadas para la creación de discursos y narrativas que se vuelvan hegemónicas, así como desiguales posibilidades de articulación de las mismas. Pero esta es la perspectiva que deberíamos adoptar para hacer una investigación más ardua sobre el problema planteado, algo que, como dijimos, no podremos hacer aquí. Sin embargo esto nos pinta un panorama realista y claro de varias de las situaciones sociales que despiertan los conflictos de tierras, y nos prepara para el último análisis que aquí queremos realizar.

4.Las nuevas prácticas organizativas, y los imaginarios sociales alternativos

Finalmente, llegamos al momento donde nos sumergimos en el texto presentado del Mocase VC. La interpretación que realizaremos es solo una de las posibles frente a un escrito que está constituido de por sí, con una pluralidad de voces entre sus páginas.

Realizaremos un doble análisis. Primero, de cómo el proceso del conflicto y de organización implica un *quiebre* en los hábitos cotidianos y las relaciones y posiciones de género; lo que implica también un quiebre en la percepción subjetiva para con sí mismos y para con su territorio.

El segundo análisis, será sobre cómo estas nuevas prácticas que encarna la organización, con todos sus cambios, implican también la construcción de un imaginario social alternativo, que se irá consolidando y agrandando al formarse al interior de una organización de carácter provincial, hasta constituir poderosos dispositivos para su sostén, de los cuales la literatura del mocase son solo un ejemplo.

5.El antes y el después del conflicto.

Desde esta hipótesis de lectura suponemos que existe un quiebre histórico que atraviesa todo el texto. Esto es, la vida antes, y la vida después de la organización y el conflicto. Algunos de

los testimonios que podríamos ubicar como anteriores en esta distinción temporal, permiten captar en las palabras de campesinos y campesinas cómo era su percepción del mundo social, y las relaciones sociales que los rodeaban. Este punto de vista de los sujetos nos sirve para complementar el análisis y la contextualización de las estructuras sociales objetivas que describen los distintos estudios sociales sobre el Santiago de los años 90. Repasemos y profundicemos un poco esta caracterización.

La gran mayoría de las familias campesinas santiagueñas viven y conviven monte adentro a varios kilómetros de distancia de cualquier agrupamiento (recordemos que más del 70% de la población rural en Santiago en el año 2001 estaba dispersa)²⁰. Las familias y comunidades han pasado generaciones viviendo en esos territorios que han dejado los grandes obrajes, y por lo general combinan una producción no intensiva de alimentos en varias hectáreas de monte, con trabajos estacionales en las ciudades como obreros, en plantaciones, o en los mismos obrajes, que implican *círculos migratorios de idas-vueltas-idas-vueltas*. A su vez, esta estrategia semi-nómada que llevan adelante las familias campesinas para obtener ingresos monetarios, suele estar articulada con fuertes roles de género: el hombre es el que sale de la casa a buscar trabajo, a viajar, o incluso a comprar, mientras la mujer es la que cría a los hijos, cuida a los animales y las plantaciones:

“Miguel Rodríguez: Y ella tortilleaba [se refiere a su madre] cuando nosotros trabajábamos le traíamos harina. Claro, nosotros esas changas teníamos y ellas se mantenían en la casa haciendo la comida.

Fidencia: Yo mantenía, tenía que cuidar los animales, mis hijos, mis cabras, mis ovejas. Y mi esposo salía a cortar leña por ahí. Iba a Santa Fe, porque antes iba la gente a Santa Fe a juntar maíz; ahora no hay eso. Dos meses, tres meses, así iba él. Y yo quedaba con los chicos y me manejaba con los chicos y los animales a atender.” (Mocase VC, 2010, pag. 39)

“Goyo: Antes nosotros salíamos, por ejemplo, a Colón. Iba todos los años a trabajar allá, en el maíz y me quedaba dos meses, tres meses. (...) Después me iba a unas compañías por el lado de La Pampa. Me quedaba tres o cuatro meses; era La Continental. ¡Pero, se ganaba plata! Y compraba ropa y calzado para mi, para mi mujer, para los chicos, para los muchachos que tenía aquí, que eran tres. Eran épocas lindas. Y había plata. Hoy andamos ahí, peleando con la monedita ¿Quién tiene plata?” (idem, pag. 24)

²⁰ Datos relevados del INDEC. Véase https://www.indec.gob.ar/micro_sitios/webcenso/censo2001s2_2/ampliada_index.asp?mode=86

Tampoco se puede terminar de comprender esta característica de círculos migratorios (es decir de migraciones temporales y vuelta al territorio) sino es a partir de dos aspectos que parecen contradictorios, pero que conviven en los testimonios de campesinos y campesinas: la poca apropiación del territorio que habitan (algo consecuente con la precariedad de su situación legal, y su sistemática exclusión de las instituciones estatales santiagueñas); y por otro lado, el enorme amor (realmente no encuentro una palabra más adecuada) y pertenencia a su tierra.

Para lo que hemos mencionado último, veamos algunos testimonios:

“Goyo: (...) Así es la vida en Buenos Aires. A mi no me gusta. Nunca me gustó mucho. Yo he ido. Un mes, tres meses, un año, dos años y siempre he vuelto a Santiago. Yo me voy al pueblo si tengo que hacer algunos trámites, o comprar algo. Pero no me gusta el pueblo. Yo en la ciudad sufría mucho. Ya me tenía ganas de volver caminando. Un mes, un mes y medio que estaba allá y me quería volver(..) Y nosotros siempre criadores. Anteriormente salía afuera, pero después ya me quede a cuidar animales.(...) O sea no trabajo para nadie, trabajo para mí. Me gustaba más ser criador, no depender, no andar de peón por ahí, me gustaba. Y me gusta el campo. Yo no soy para el pueblo (...)”(idem, pag. 24 y 25)

“Cristina Loaiza: Seguían, desalojaban gente, los traían, han marcado campos...Lo que pasa que nosotros nunca conocíamos los derechos, la Ley veinteñal, nada. Entonces venían y te desalojaba como ellos querían, salías de tu casa, abandonabas todo.

Venían desalojando gente, se iban para el pueblo. (...)De acá para Pinto, ya están todos desalojados. Desde el setenta y pico hay gente realojada y han ido a morir en Pinto porque vendieron sus animales, todo. **Y en el pueblo muere la gente resentida, porque la gente no está acostumbrada a vivir en el pueblo, el campesino. Porque para el campesino es muy fiero acostumbrarse.(...) había gente muy mayor, lo llevaban a otro campo y la gente moría de pena ahí, de depresión...**”(Ibdem, pag. 47)

La autopercepción de “no ser” para el pueblo y sí para el campo, o el trauma de la experiencia migratoria en las anécdotas de gente mayor que moría de pena al ser separada de sus tierras, es un tema recurrente en las palabras de los campesinos y campesinas, y es algo que también aparece en el campo cultural. A modo de ejemplo citaré sólo dos pedazos de chacareras santiagueñas muy reconocidas:

“Fue mucho mi penar
Andando lejos del pago
Tanto correr
Pa' llegar a ningún lado
Y estaba en donde nací
Lo que buscaba por ahí” (Letra de la canción “Entre a mi pago sin golpear” de Carlos Carabajal)

“Cuando salí de Santiago todo el camino lloré
lloré sin saber porqué pero yo les aseguro
que mi corazón es duro pero aquel día afloje.

Dejé aquel suelo querido y el rancho donde nací
donde tan feliz viví alegremente cantando
en cambio vivo llorando igualito que el crespín.

Los años ni las distancias jamás pudieron borrar
de mi memoria apartar y hacer que te eche al olvido
hay mi Santiago querido yo añoro tu quebrachal.” (Letra de la canción “Añoranzas”, de Los manseros Santiagueños)

Pero, como dijimos, este enorme sentimiento de pertenencia y de vinculación con un territorio, muchas veces convive con una falta de apropiación del mismo, o con una especie de *sentimiento de subordinación que se rehúsa a aceptar que se vive en aquello que no es propio*. Los testimonios que citaremos en seguida nos permiten ver esto, pero también el *quiebre* que implica la organización en esta percepción del territorio:

“ Gregoría Chavez: Mi marido me sabía decir **‘para que vas a cuidar animales si el campo no es de nosotros’**. Yo he empezado a criar chivas de guachitas que me daba un compañero...y ahí empecé. De tres chivas, mire lo que tengo ahora. Ahora debe haber como setenta, entre cabras y ovejas y van a ser cerca de cien. (...) Yo estoy acostumbrada . Si habremos sufrido con los compañeros ... el frío , la lluvia, las caminatas...a mi me da más fuerza. **Y ahí vamos, en esa lucha. Y ahora doy gracias a Dios porque tengo animales. Si**

no entraba en la organización a lo mejor no iba a vivir aquí y tampoco iba a tener animales. Directamente si no conocíamos a la organización no íbamos a vivir aquí porque ya nos tenían para sacar”(Mocase VC, 2010, pag. 33 y 34)

“ Basilla Benitez: Cuando nosotros queríamos hacer algún pozo o represa él era el que nos decía; nosotros también por ignorancia no conocíamos los derechos...Él [se refiere al agente sanitario, vinculado al poder político local] nos decía que en el campo ajeno no podemos hacer pozos, represas. Y nosotros como buenos amigos, diciendo que nos estaba instruyendo bien, hicimos en el campo donde ellos están, pero que es Fisco...Esto teníamos nomás que la casa y los animales, pero nada de represas ni de pozos. Hasta que un día gracias a Dios se dieron cuenta y empezamos a hacer cosas. A trabajar en el campo. **Nosotros no lo hacíamos de miedo. Para que vamos a hacer, si después nos van a sacar, para que vamos a hacer, si el dueño va a venir, si el dueño se enoja dicen...Pero no era dueño, el dueño éramos nosotros. Yo pensaba que venían los dueños un día cualquiera y nos sacaban, nos tiraban la casa.** “ (Ibdem, pag. 50)

En los testimonios, por lo tanto, podemos ver cómo conviven estos dos sentimientos de vínculo con un territorio, y la poca apropiación del mismo. Este último aspecto, como se ve, es el correlato de ciertas relaciones sociales de subordinación y de dominación dentro de las estructuras sociales donde el campesino está inserto, lo que lo coloca, y se autopercibe, con inferioridad. Claramente estas características, en cierta medida explica la eficacia de las estrategias de los terratenientes para “convencer” a campesinos y campesinas, pese a que posteriormente (como cuenta Cristina) estos lo vivan como una experiencia trágica de pérdida y de nostalgia por su tierra. Nótese en el testimonio de Basilla Benitez el hecho de que *no era por miedo* que estaban dispuestos a abandonar su tierra, *sino porque sencillamente sentían y pensaban que no les pertenecía*. Sin este componente subjetivo, y únicamente desde los dispositivos represivos que en los apartados anteriores dimos cuenta que están disponibles para los empresarios, es imposible entender los procesos de desalojos. De hecho, muchos de los desalojos no recurren a la represión.

Así mismo también, esta dualidad de sentimientos, permite entender en parte las estrategias familiares de migraciones circulares que explicamos antes: dado que la sensación de que el territorio no es propio, colabora con la decisión de no apostar productivamente a su producción en él. Mientras que el vínculo emocional con el mismo territorio, explica porque esas migraciones no son definitivas.

Ahora bien, también los testimonios dan cuenta que la importancia de la organización no radica únicamente en una posibilidad de defender sus tierras, sino, y al mismo tiempo, en un cambio subjetivo en la apropiación de las mismas. Lo que también permite entender que el Mocase no constituye sólo una herramienta defensiva de los desalojos, sino como una herramienta productiva que permite proyectar trayectorias de vida en un territorio que es subjetivamente apropiado. En toda esta explicación, por tanto, encontramos la dialéctica entre estructuras subjetivas y objetivas tan discutidas y teorizadas en la sociología, de la cual Berger y Luckman(2003) son uno de los ejemplos más claros de síntesis.

Este quiebre en las relaciones y estructuras sociales que supone la experiencia del conflicto y organización, se da a su vez al nivel de las relaciones desiguales de género. Durante el año 2000, y en los conflictos con el empresario Santafesino Claudio Ponce, que mencionamos, la disputa territorial pasó al plano de la coerción y la resistencia física por las dos partes. Es en esa lucha que los campesinos y campesinas se organizan para resistir, y dónde las mujeres toman un rol protagónico defendiendo sus tierras. Veamos algunos testimonios:

“Cristina Loaiza: Un día vemos que la topadora estaba en la casa vecina que esta para allá y que está trabajando hacia el sur y cuando nos habíamos empezado a organizar para parar la topadora (...)nos dimos cuenta que la topadora no estaba más para allá, que se había pasado al [lote] 20. Y ahí hemos organizado unas veinte familias y así sin saber nada hemos esperado la camioneta.

Beata Céspedes: Nosotros no hemos estado organizados todavía, por primera vez. Pero nosotros sabíamos del Mocase que había ¿No? **nosotros ya mas o menos Sabíamos ¿Sabes porque sabíamos? Porque nosotros habíamos sentido comentar que en la Simona que el Mocase defendía las tierras.** Un día habían entrado en el lote 24, al otro lado de Cristina. **Y nosotros ya sabíamos que teníamos que reunirse pa’sacar las topadoras,** porque si no nos quitaban. Ya veníamos sabiendo que en todos lugares venían quitando a la gente y haciendo lo que querían. **Lastimando, baleando, todo haciendo un poco, venían con todo ¿no?Arrasando y malos, muy malos venían, han venido.(...)**

Éramos veinte , en eso, tato Don Sabino [de Santa Rosa] y Miguel [de lo te Fisco], que ellos no tenían nada que ver , **por que ellos vamos a decir, eran de otro lugar. Pero ellos han**

venido, han venido a apoyarnos a nosotros al 20. Era como que ninguno hemos estado organizados todavía, ninguno. (...)

Y cuando nosotros venimos de ahí, venimos todos y los esperamos nosotros. Ellos han ido a comer dejando la topadora ahí y muy tranquilos. Nosotros hemos estado reunidos y hemos llevado gasoil y todo y hemos atajado el camino. Ya teníamos fuego de punta a punta pa' que no pasen. La topadora allá en la distancia y el fuego en el camino para que no entren. **Las mujeres éramos las que hemos encarado y los hombres todos escondidos. No aparecía nadie y cuando las mujeres hemos encarado, era yo la que encaraba, la Cristina, ¿quien más era de las mujeres? [“La finada Lilia” dice Miguel] La finada Lilia, hemos encarado nosotros adelante**

(...) Y se han ido, se han ido porque los hemos corrido. Y ahí hemos comido en lo de Cristina y hemos empezado a organizarnos, **a hablar pa' Quimilí porque sabíamos que Luis Santucho era el abogado. Y a decir que nosotros se íbamos a organizar y ya estamos organizados mejor dicho. Que vamos a hacer reunión e íbamos a ser organización.**”(Ibdem, pag. 81, 82, 83, 84)

Luego de estos testimonios, el relato del libro nos dice:

“ Habían empezado a hacer cosas que hasta entonces ni se les hubieran ocurrido. Habría que saber si la topadora se movía y para eso vigilar lo de Guzaman con cierta regularidad y cuidados. Reconocer el rastro de las camionetas [y sigue nombrando](...)” (Idem, pág. 84)

En el largo extracto encontramos condensados los elementos que nos permiten dar las reflexiones anteriores, y de hecho profundizarlas. En contraste al histórico rol de la mujer dentro de las estructuras patriarcales, relegada al interior de la casa; el conflicto y la organización la colocan en un lugar protagónico de defensa y representación de su territorio y de su comunidad. Este quiebre fundamental en las relaciones y las posiciones de género, no se dá solo en la práctica del conflicto, sino también, (y algo que argumentaremos más adelante) en la dimensión narrativa y simbólica: dado que ese rol queda cristalizado en un libro del movimiento donde ellas cuentan, y *se cuenta a sí mismas*, su participación como protagonistas.

Pero este cambio en las relaciones de género, va ligado a un cambio en la percepción subjetiva del territorio , y un cambio en las prácticas y hábitos sociales cotidianos. La organización no supone simplemente estar juntos a la hora de enfrentar a las topadoras, sino

que implica tener reuniones previas y posteriores, armar turnos, encontrarse con campesinos y campesinas de otras zonas, elaborar y presentar un escrito en los juzgados, etc. Igualmente, no debemos olvidar que cuando estas campesinas y campesinos se organizan, se encuentran con un Mocase que tenía al menos diez años de experiencia y de saberes organizativos acumulados, que facilitaron y orientaron el proceso organizativo en la central de Pinto. A lo largo del libro, y en otros libros del mocase como “Recorriendo caminos polvorientos” (Mocase VC, 2017), se dan cuenta de toda una serie de metodologías, estrategias, tácticas, conocimientos técnicos y de leyes, que forman parte de un enorme saber común que pudo acumular el Mocase, algo que facilita y potencia las experiencias organizativas incipientes.

6. Los imaginarios sociales alternativos

El libro del Mocase que estamos analizando está elaborado de una forma muy particular. La reconstrucción de las historias se hace a partir de testimonios que son citados de forma directa, con los nombres verdaderos de los campesinos y campesinas que hablan, así como son citados los documentos de forma directa. Apenas es utilizada la voz de la tercera persona para orientar el relato. Como se aclara al principio, esto no es casualidad: el libro tiene la intención de hacer una reconstrucción colectiva, desde las voces directas de los campesinos y campesinas que vivieron la experiencia organizativa. El ritmo del relato, el lenguaje utilizado, las idas y vueltas, los énfasis en los sucesos, la pluralidad de voces y de expresiones, es algo que caracteriza al libro y lo llena de una riqueza interpretativa poco usual, y sumamente contrastante con el tipo de literatura (de hecho, la gran mayoría de la literatura) que prioriza una única voz narrativa (a lo sumo, pensando en algunas experiencias literarias como Cortazar, o Milan Kundera, dos o tres voces narrativas superpuestas).

Esta decisión explícita, nos permite suponer que el libro es parte de una estrategia de construcción de un dispositivo de elaboración y de sustento de un imaginario social alternativo.

En él, y a partir de las voces de campesinos y campesinas, se despliega toda una serie de figuras simbólicas, de valores, de creencias, de imaginarios sociales, que a través de ser contados, y de ser registrados, se perpetúan como un saber y una cultura común para la organización.

Como dijimos antes, hemos elegido este libro entre la extensa producción literaria del Mocase, porque se encontraba particularmente fuerte el rol protagónico de las mujeres en el proceso de organización y resistencia a los modelos extractivos. Pero nuestro argumento, es que ese rol, esa transformación, es acción política que coloca a la mujer como protagonista en la práctica concreta contra el desmonte, a partir del libro, se cristaliza y se transforma en una figura simbólica. Así, “las mujeres que paran las topadoras”, son un símbolo del imaginario común de la organización.

En otras palabras, de alguna manera nos hemos dado cuenta de que las claves de Mari no solo nos sirven para entender, ni deben ser pensadas para entender, el imaginario de poderes ya establecidos y hegemónicos. Sino para comprender que toda práctica social implica una narrativa, una construcción de sentidos y de imaginarios, que le dan su contenido y su razón de ser. Y así mismo, en el caso del mocase, encontramos como una organización contrahegemónica, construye conscientemente dispositivos que sostengan, difundan, expandan y profundicen esos imaginarios sociales, que se contraponen a los imaginarios establecidos y hegemónicos.

Así, en contraposición al imaginario empresarial del progreso, el desarrollo y los brotes verdes que supone la soja, aparecen la figuras simbólicas de las topadoras y del desmonte como negativas, e incluso asociadas con la maldad y lo indeseado, la muerte, el arrase, la pérdida de la vida (no solo humana, sino de la biodiversidad). Mientras que las figuras simbólicas de la “mujer campesina que para las topadoras”, y de la organización, están asociadas a los valores de la vida, del monte, de la perpetuidad de las generaciones y de la dignidad²¹ conseguida.

Incluso en los testimonios de los niños que viven la experiencia de la organización y el conflicto con sus padres, aparece la figura simbólica y de pertenencia al Mocase-VC :

“-Nosotros escribíamos MoCaSE en el cuaderno y los maestros nos querían hacer borrar...y nosotros nos lo hemos escrito en los pantalones...En las paredes escribíamos, en las mesas y yo no quería hacer caso. La maestra me retaba y los otros chicos se reían. Los Mocachines nos llamaba la maestra, se burlaba la maestra.” (Idem, 149)

²¹ Recordamos que el sentimiento de “dignidad” es uno de los factores más importantes que explican para Daniel James(2013) el apoyo de los obreros a Perón. Pareciera que es también lo que permite explicar la pertenencia y la participación activa de campesinos y campesinas en el Mocase.VC.

Por último, y para fundamentar que la figura simbólica positiva de la mujer parando al símbolo negativo de la topadora ha tenido una relevancia y una perpetuidad sumamente potente en la memoria colectiva de la organización, citamos uno de los dibujos que la revista infantil Chirimote hizo en honor a la organización por sus 30 años de historia cumplidos en el 2020.



Bibliografía citada:

- BARBETTA, Pablo (2014). Aportes a la cuestión jurídica campesina en la Argentina del agronegocio. Trab. soc. [online]. 2014, n.22 [citado 2020-12-11], pp.5-14.
Disponible
en:<http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1514-68712014000100001&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1514-6871.
- Basualdo, Eduardo, (2001) “Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo Argentino durante la valorización financiera (1976-2001)” Primera edición. Universidad Nacional de Quilmes, Roque Saenz Peña 180, Pcia. de Buenos Aires, Argentina.
- Berger, Peter, Luckman, Thomas (1989) “La construcción social de la realidad”, Vniea edición en castellano autorizada por Doubleday & Company Inc. , Garden City,

Nueva York, © Todos los derechos de la edición en castellano reservados por Amorrortu editores S. A., Paraguay 1225, 7° piso (1057) Buenos Aires.

- Giarracca, N. y Teubal, M. (2013). Las actividades extractivas en Argentina. En N. Giarracca y M. Teubal (Coord.), *Actividades extractivas en expansión ¿Reprimerización de la economía argentina?* (pp. 19-43). Buenos Aires, Argentina: Antropofagia
- Harvey, David (2007), “Breve historia del neoliberalismo” Ediciones Akal, Madrid-España
- James, Daniel (2013) “Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora Argentina”, - 2ed, 1 reimp- Buenos Aires: Siglo 21 editores.
- Marí, Enrique (1993) “Racionalidad e imaginario social en el discurso del orden”, en *Papeles de filosofía (... para arrojar al alba)*, Buenos Aires: Biblos.
- Mocase Vc (2010) “Memoria de los orígenes de la central campesina de Pinto”- 2a ed.- Santiago del Estero: Mocase VC ISBN 978-987-25601-0-6. 1 Historia de asociaciones.
- Mocase Vc (2012) “Memoria de los orígenes de la central campesina de Quimilí”-1 ed- Santiago del Estero. ISBN 978-987-27759-1-9.1 Historia de Asociaciones.
- Mocase Vc (2017) “Recorriendo caminos polvorientos. Cuadernillo sobre trabajo de base en el Mocase VC” , -1ra. Ed. - Santiago del Estero, ISBN 1.Historia de Asociaciones
- Palmisano, Tomás (2016) “El agronegocio sojero en Argentina: modelo extractivo en los mundos rurales” *REVISTA ECONOMÍA* Vol. 68, N.º 107 (mayo 2016), Universidad de Buenos Aires, Argentina .
- Picco, Ernesto (2013) “Acerca del peronismo subnacional, el juarismo y otras variaciones locales: alianzas y disputas internas en Santiago del Estero entre 1946 y 2010”, *Trabajo y Sociedad, Sociología del trabajo – Estudios culturales – Narrativas sociológicas y literarias NB - Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt-Conicet) N° 21*, Santiago del Estero, Argentina
- SCHNYDER, MARÍA CELESTE (2013) “La democratización subnacional desde la perspectiva del Estado y su poder de policía. El caso del juarismo en Santiago del Estero, Argentina, 1995-2004” *REVISTA DE CIENCIA POLÍTICA / VOLUMEN 33 / N° 3 / 2013 / 631 – 648*

- SCHNYDER, MARÍA CELESTE (2009) en la compilación, “El Protector Ilustre y su régimen: redes políticas y protesta en el ocaso del juarismo” - 1ª ed. SECyT. Universidad Nacional de Santiago del Estero.
- Svampa, Maristella (2019) “Las fronteras del neoextractivismo en América Latina” CALAS, Primera edición 2019.